

EN TORNO A LA PERESTROICA "SOLTANTO STALIN"

POR

JORGE USCATESCU

Es difícil ya, por no decir imposible, que tenga eco o simplemente cabida material en los medios de comunicación occidentales, incluidos los de estos pagos, la duda sobre las buenas intenciones y la veracidad de la «perestroika». Es imposible insinuar que mucha de la receptividad favorable de la gran maniobra estratégica de Mijail Gorbachov, confunde los deseos, buenos deseos, sin duda, con la realidad. La misma era Reagan se cierra con un evidente entusiasmo por la «perestroika». Nadie o casi nadie quiere recordar grandes vueltas que marcaran verdaderas etapas de ampliar esperanzas libertadoras en el pasado de la Unión Soviética. Nadie quiere recordar lo que significó con Lenin mismo la N.E.P. y lo que vino después de ella. Ni la fórmula de la definición del agresor, coincidiendo con los Frentes Populares y la promulgación de una de las Constituciones más liberales del mundo, de Stalin, para que en seguida después vieran las grandes «purgas» en Rusia, el ataque a Polonia, Países Bálticos, Finlandia y la ocupación de las provincias rumanas de Besarabia y Bucovina del norte. Nadie quiere recordar el mano a mano, a escala mundial, de Roosevelt y el Tío Joe, el buenazo, para que una vez alcanzada la victoria, la Unión Soviética ocupara media Europa y viniera la «guerra fría», y Corea, y Cuba y el «muro de Berlín», Vietnam y Afganistán.

El comienzo del «pandemonium» de las nacionalidades y de los derechos del hombre, la resistencia tenaz de la «nomenklatura», la inseguridad de la posición del ejército soviético ante el gran cambio de la «perestroika» implicaría, en materia de desarme, todo ello al contrario de aumentar las dudas sobre el futuro de la distensión a través de la «perestroika», hace que con cierta naturalidad de buenos impulsos y buenas intenciones aumente la confianza en el mundo sobre la política de indudable alcance de Gorbachov.

En este contexto leíamos hace no mucho un editorial publicado en *Il Giornale*, de Milán, cuyo autor es el director de este rotativo, el magnífico periodista y escritor Indro Montanelli. Lo leíamos con verdadero interés, no solamente en virtud de la admiración por Montanelli y tampoco por venir lo suyo, con gran brillantez y claridad, a coincidir con lo que hemos ido publicando en este mismo periódico cuando hemos tenido la ocasión de hacerlo. A parte esto, el editorial de Montanelli ofrecía una más que sugestiva imagen de la situación. «Solamente Stalin». Admirado ante las bellas perspectivas de la *parestroika* dentro del Imperio soviético y fuera en sus relaciones con el mundo, Montanelli remarcaba la enorme dificultad de tamaña operación, capaz de dejarnos a todos, a sirios y troyanos, estupefactos.

Viene a decir Montanelli, que para tener una idea de lo que ocurre en Rusia —y lo decía antes del discurso en la ONU y del terremoto de Armenia—, no hace falta ser kremlinólogo. Basta con conocer un poco de historia. La historia rusa. Así se sabrá cuán difícil ha sido siempre «tener juntas poblaciones que durante siglos se ha metido en el cuerpo». Enorme conglomerado, decimos, de nacionalidades, lenguas y religiones sobre un inmenso territorio, dominadas durante siglos por un poder central y por una minoría, si se piensa que naciones como Ucrania nunca han dejado de manifestar deseos evidentes de independencia. Tan importante problema es éste, que la propia carrera y el poder omnímodo de Stalin nacen con un estudio, que entusiasmará al propio Lenin, sobre el problema de las nacionalidades en Rusia. Montanelli cree en la posibilidad de que los padres de la Unión Soviética «obrarán en buena fe» cuando a Rusia dejaron de llamarla por su nombre y la rebautizaran como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Nadie, ni los zares, ni Lenin, ni Stalin, ni Kruschov y tampoco Gorbachov, pensaron nunca en la independencia de estas nacionalidades. Para Montanelli, lo de las nacionalidades y su agitación ya espectacular ha sido una sorpresa. El había esperado la resistencia de la *menklautra* del partido y el Estado, pero no el despertar nacionalista. Y ello a pesar de los avatares del nacionalcomunismo.

El problema es escuetamente éste: ¿con qué métodos domará Gorbachov este nuevo y según parece inesperado incendio? Montanelli se declarara convencido de su buena fe, de su capacidad de maniobrar y de su categoría. «El hombre tiene visión estratégica y coraje para vender. Y si realizara sólo una mitad de lo que evidentemente pretende, pasaría a la historia como el más

grande protagonista de este siglo». Pero estamos en el campo de lo hipotético. Lo cierto, según Mantonelli, son dos lecciones que se pueden deducir de cuanto ocurre. «La primera, es que si setenta años de internacionalismo proletario no han bastado para destruir los nacionalismos, quiere decir que la sangre, la lengua, la religión, la cultura son más fuertes que cualquier ideología. La segunda, es que los totalitarismos son más difíciles de montar que de desmontar. Para liberalizar a Rusia y curarla del stalinismo hubiera, quizás, tener éxito un solo hombre: Stalin».

Seguramente una paradoja, pero como tal paradoja acaso la única salida lógica en una grave encrucijada de la historia: ¿Pero no es acaso una paradoja el hecho de que sea Georgia, patria de Stalin, la primera bañada por él en la sangre de la represión antinacionalista, el lugar donde todavía se mantenga su culto?